

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Los Errores De Santa Claus

Era Nochebuena.

Los Brown, que vivían en la casa contigua, habían cenado con los Jones. Brown y Jones estaban sentados a la mesa tomando vino y nueces. Los demás habían subido.

—¿Qué le vas a regalar a tu hijo por Navidad? — preguntó Brown.

—Un tren —dijo Jones—, algo nuevo, automático.

—Echémosle un vistazo —dijo Brown.

Jones sacó un paquete del aparador y empezó a desenvolverlo.

—Ingenioso, ¿verdad? —dijo—. Va sobre sus propios rieles. Qué raro que a los niños les guste jugar con trenes, ¿verdad?

—Sí —asintió Brown—. ¿Cómo se fijan los rieles?

—Espera, te lo enseñaré —dijo Jones—. Ayúdame a apartar estas cosas de la cena y a enrollar el mantel. ¡Ya está! Mira. Pones los rieles así y los sujetas en los extremos, así...

—Oh, sí, lo entiendo, excelente, ¿no? Justo lo que divierte a un niño, ¿no? Le compré a Willy un avión de juguete

—Lo sé, son geniales. Le compré uno a Edwin en su cumpleaños. Pero esta vez he pensado comprarle un tren. Le dije que Santa Claus le iba a traer algo totalmente nuevo esta vez. Edwin, por supuesto, cree

absolutamente en Santa Claus. Mira esta locomotora. Tiene un resorte enrollado dentro de la caja de combustión.

—Dale cuerda —dijo Brown con gran interés—, a ver cómo va.

—De acuerdo —dijo Jones—. Apila dos o tres platos o algo para apoyar el extremo de los rieles. Ahí, fíjate en cómo zumba antes de arrancar. ¿No es genial para un niño?

Sí —dijo Brown—. ¡Y mira esta cuerdecita para tirar del silbato! Por Dios, ¿suena? ¿Eh? ¿Igual que de verdad?

—Ahora bien, Brown —continuó Jones—, engancha esos vagones y yo lo pondré en marcha. Seré el maquinista, ¿vale?

Media hora más tarde, Brown y Jones seguían jugando a los trenes en la mesa del comedor. Pero sus esposas, que estaban arriba en el salón, apenas notaron su ausencia. Estaban demasiado entretenidas.

—Oh, creo que es perfectamente dulce —dijo la Sra. Brown—. Es la muñeca más bonita que he visto en años. Tengo que comprar una igual para Ulvina. ¿No estará Clarisse encantada?

—Sí —respondió la Sra. Jones—, y luego se divertirá arreglando los vestidos. A los niños les encanta eso. Mira, hay tres vestiditos con la muñeca, ¿no son preciosos? Todos recortados y listos para coser.

—¡Oh, que precioso! —exclamó la Sra. Brown—. Creo que el de color malva le quedaría mejor a la muñeca, ¿no te parece, con ese pelo tan dorado? Sólo que, ¿no crees que quedaría mucho más bonito si le dieras la vuelta al collar, así, y le pusieras una bandita, así?

—¡Qué buena idea! —dijo la Sra. Jones—. Probémoslo. Espera, enseguida traigo una aguja. Le diré a Clarisse que lo ha cosido Santa Claus. La niña cree absolutamente en Santa Claus.

Y media hora más tarde la señora Jones y la señora Brown estaban tan ocupadas cosiendo la ropa de las muñecas que no podían oír el rugido del trencito arriba y abajo de la mesa del comedor, y no tenían ni idea de lo que estaban haciendo los cuatro niños. Los niños tampoco echaron de menos a sus madres.

—Geniales, ¿verdad? —le decía Edwin Jones al pequeño Willie Brown, mientras estaban sentados en el dormitorio de Edwin—. Cien en una caja, con puntas de corcho, y mira, una boquilla de ámbar que encaja en un pequeño estuche al lado. Un buen regalo para papá, ¿eh?

—¡Bien! —dijo Willie apreciativamente—. Yo le voy a regalar puros a Papá.

—Lo sé, yo también pensé en puros. A los hombres siempre les gustan los puros y los cigarrillos. No puedes equivocarte con ellos. Oye, ¿te gustaría probar uno o dos de estos cigarrillos? Podemos tomarlos del fondo. Te gustarán. Son rusos, como los egipcios.

—Gracias —respondió Willie—. Me gustaría mucho tener uno. Empecé a fumar la primavera pasada, cuando cumplí doce años. Creo que es una tontería empezar a fumar cigarrillos demasiado pronto, ¿no crees? Te atrofia. Yo esperé hasta los doce años.

—Yo también —dijo Edwin, mientras encendían sus cigarrillos—. De hecho, ahora no los compraría si no fuera por Papá. Simplemente tenía que darle algo de

Santa Claus. Él cree absolutamente en Santa Claus, ya sabes.

Y, mientras esto sucedía, Clarisse le mostraba a la pequeña Ulvina el pequeño y absolutamente encantador juego de Bridge que le había comprado a su madre.

—¿No son estos marcadores perfectamente encantadores? —dijo Ulvina—. ¿Y no te encanta este pequeño diseño holandés... o es flamenco, cariño?

—Holandés —dijo Clarisse—. ¿No es pintoresco? ¿Y no son éstas las cositas más bonitas para poner el dinero cuando juegas? No tenía por qué haberlas comprado con él; el resto lo habrían vendido por separado, pero creo que es demasiado lento jugar sin dinero, ¿no te parece?

—Oh, abominable —se estremeció Ulvina—. Pero tu mamá nunca juega por dinero, ¿verdad?

—¡Mamá! Por Dios, no. Mamá es demasiado lenta para eso. Pero le diré que Santa Claus insistió en poner las cajitas de dinero.

—Supongo que cree en Santa Claus, como mi mamá.

—Oh, por supuesto —dijo Clarisse, y añadió—. ¿Y si jugamos a un pequeño juego? Con un muñeco doble, a la francesa, o al noruego Skat, si quieres. Para eso sólo hacen falta dos.

—De acuerdo —acordó Ulvina, y en pocos minutos estaban inmersas en una partida de cartas con un montoncito de dinero de bolsillo a su lado.

Media hora más tarde, todos los miembros de las dos familias estaban de nuevo en el salón. Pero, por supuesto, nadie dijo nada de los regalos. En cualquier caso, todos estaban demasiado ocupados mirando un

hermoso libro con mapas que los Jones habían traído para regalar al abuelo.

Pero arriba, en un salón de su propiedad, el abuelo Jones miraba con ojos afectuosos los regalos que tenía a su lado. Había una hermosa jarra de whisky, con filigrana de plata por fuera (y whisky por dentro) para Jones, y para el niño un gran silbato niquelado.

Más tarde, bien entrada la noche, la persona, o la influencia, o como quiera que se llame Santa Claus, recogió todos los regalos y los colocó en los calcetines de la gente.

Y, siendo ciego como siempre lo ha sido, dio las cosas equivocadas a las personas equivocadas; de hecho, las dio tal como se indicó anteriormente.

Pero al día siguiente, en el transcurso de la mañana de Navidad, la situación se enderezó, como siempre ocurre. De hecho, a las diez, Browns y Jones estaban jugando con el tren, la señora Brown y la señora Jones estaban haciendo ropa de muñecas, los niños estaban fumando cigarrillos, y Clarisse y Ulvina estaban jugando a las cartas por su dinero de bolsillo.

Y arriba, muy arriba, el Abuelo bebía whisky y tocaba el silbato.

Y así, la Navidad, como siempre, salió bien después de todo.

